



cuando ofrecen sus sacrificios al dios desconocido *Dianaff, Div, Div*, el gran Dios; en su honor cortan el *gny* sagrado, el *selage* que cura todos los males, la *verbena* que purifica las faltas. Allí es donde sacrifican los dos toros blancos á su padre, Hu el Poderoso, y clavan á un tronco de árbol el cuerpo del prisionero, sangriento holocausto de expiación para la nación culpable. Al rededor de ellos los bardos hacen resonar los himnos sagrados, cuyas *triades* son acompañadas de una música de tres tonos.

Al mismo tiempo, en la isla de Sena, en la isla de los Prudentes (1), en el seno de las embravecidas olas, las vírgenes profetisas, las Gemadas (*Geammaidh*), las «castas», cuya voz dulce y melodiosa manda á la tempestad y revela el porvenir, ruegan á la «sábía» *Ceridguen*, componen el brevaie de *Azeuladur*, el agua de inspiración, é imitan en sus danzas las revoluciones celestes (2). Otras sacerdotisas, encargadas de los ornamentos del altar, guardan el carro misterioso que, cada año, arrastrado por los druidas, debe pasar por medio de los pueblos prosternados ante el denso velo que oculta á sus ojos la secreta divinidad. Después, en tercer orden, van las mujeres de los druidas, que recuerdan la credulidad consultada, y que comparten los honores tributados á sus esposos. Bajo el yugo de esta doble trinidad de poderes religiosos, los kimris tiemblan y adoran.

Alguna vez el jefe de los druidas, coronado de yedra y el talle sujeto con un cinturón de láminas de oro, se digna revelarse al pueblo, y desde lo alto de un *dolman*, tribuna prodi-

(1) *San*, prudente y piadosa.

(2) Véase para esto á Roujoux, *Historia de Bretaña*, t. I, al fin. *Myvrian Archaeology of Wales; Davies, Myth. and rits of British Druids*; el vizconde de la Villemarque, *op. cit.*, etc.

giosa, masa de granito levantada como por mano de gigantes, arenga y enseña á la multitud, ó bien la convoca para erigir sobre la tumba de un guerrero uno de los enormes obeliscos de piedra que cubren los campos de la Armórica, uno de esos *men-hirs*, delante de los cuales el aldeano no pasa de noche cerca de él sino temblando é invocando su santo patron. Otras veces también los sacrificios nacionales reúnen á la gran liga de los pueblos kimricos en uno de esos santuarios terribles por su grandeza y tristeza, cuya sombría majestad dirige al horizonte sus altas y ennegrecidas líneas; enormes peñascos, rocas enteras que la mano del hombre, por un esfuerzo semejante al que levantó las pirámides y elevó las murallas de Tirinto, ha acarreado trabajosamente y levantado sobre la vieja tierra bretona (1); testimonios mudos y símbolos indecifrables de las más venerandas antigüedades, y que pueden oponerse á las gigantescas construcciones del Oriente, de las que por otra parte son un glorioso recuerdo.

La fiel tierra de Armórica ha conservado estos títulos de familia. Hoy todavía forma rango aparte en un extremo de Francia; restos de una antigüedad y formidable poder, los hijos de los kimris son celosos de su antigua gloria, de su antigua lengua, de sus antiguos usos, y han resistido á las conquistas, á las invasiones de los ejércitos y de las civilizaciones. Como el vasco se une á sus rocas y á sus montañas, ellos están adheridos á sus landas y á su suelo granítico. Inmóviles como la piedra de *Soc-maria*, ven pasar los siglos á sus piés, y se contentan con repetir á la tierra de Galia que son los descendientes de sus vencedores.

(1) *Alineaciones de Karnak*. (Véase á Caumont, *Curso de ant. nac.*)

CAPITULO XII

Italia.—Orígenes.—Los Sicanios.—Invasiones de los galos.—Otras emigraciones extranjeras.—Conquista etrusca.—Carácter de los rasenes ó etruscos.—Dominación, constitución y religión de la Etruria.—Civilización etrusca, tradiciones cosmogónicas.—Otros pueblos itálicos.—Los oscos y los sabelios.

No existe aún la Italia; á decir verdad, jamás fué una, ni siquiera durante la dominación romana. En esta época no hay más que la península, vasto receptáculo adonde afluyen y se fijan juntos, pero de ninguna manera se confunden, los elementos tomados de las diversas poblaciones. Esto acaece hoy, no obstante la violenta unidad revolucionaria, que al fin ha de desaparecer.

Sus primeros habitantes olvidaron su origen, no se llaman más que «nacidos de la tierra», aborígenes ó autochtones. Pelasgos é iberos van á desaparecer también en una nueva ruina.

La invasión de los galos arrojó á los iberos al norte de la Italia; la tribu de los sicanios, de los segadores, fijada en un principio en el golfo de Génova, no tarda en verse confundida con sus hermanos los ligures. Pasa á la península, y unas veces victoriosa y otras vencida, pero siguiendo siempre su camino, va á buscar refugio y descanso á la isla de Trinacria, que tenían ya los lestregones y los ciclopes, tribus pelásgicas; la isla cambió de nombre y se llamó Sicania. El rey Cocal se estableció en Camicus, hoy Platanella, y allí residía cuando los cretenses de Minos II hicieron su entrada y fundaron á Minoa sobre la costa (1400).

El camino de Italia estaba abierto de la siguiente manera. Los galos, emprendedores y aventureros, no tardan en seguir á los sicanios fugitivos, cuando ya organizada una horda, se apodera de sus mujeres, de sus hijos y de sus carros y pasa los Alpes: estos son los ambra ú ombra, «los valientes», los nobles ambrones, ombrones. Ambicionan este hermoso

país, cuyos abundantes pastos sirven de alimento á numerosos ganados, en cuyo país crece con abundancia la cebada, el mijo, la vid, los álamos, los arces, y sobre todo, aquellos vastos bosques de encinas por donde andan errantes los grandes rebaños de cerdos. Pero estas tierras están defendidas por hombres valientes, por los pelasgos y los siculos. Empéñase entre ellos una lucha horrorosa: la Italia nos ha conservado recuerdos de los más encarnizados combates. Arrojadlos los invasores por los galos, se vieron obligados los siculos á descender hácia el mediodía y hasta á dividirse con los sicanios la isla en tres porciones, la Trinacria, que fué después la Sicilia, *Sicilia* (1360).

La tribu conquistadora se extiende á su capricho por los alrededores del Pando, el Pó; se desembaraza de los estorbos que se oponían á su posesión, y arroja sobre el Tíber, sobre el torrente de las montañas, los restos de las poblaciones vencidas; iberos y pelasgos, que ocuparon bastante tiempo á Italia, lanzados hácia el Norte y Mediodía, apoderándose los invasores de los campos donde había de fundarse á Roma. Después, á la manera que sus padres lo habían hecho, los nobles galos dividen la comarca sometida. Las llanuras vecinas al río adquieren los nombres de Is-Ombria, Baja-Umbria, L'Oll-Ombria; el alto país cubrió las vertientes de los Apeninos y la Umbria marítima; la Vill-Ombria se extendió á lo largo del mar interior (1).

El suelo era fértil y el clima agradable.

(1) Amédes Thierry, *Historia de los galos*.



Trescientos cincuenta y ocho grandes pueblos, solamente en las regiones altas y bajas, se extendían por aquellas tierras bajo el cielo tan risueño de la Italia; entre aquellos cercados abiertos y aquellas cabañas de paja, por espacio de quinientos años disfrutaron los galos de sus conquistas. Habían llevado allí las instituciones de su patria y hasta esta «ordalia» este Juicio de Dios que ya hemos apuntado como uno de los rasgos característicos de la raza jafética.

La decadencia de los pelasgos había comenzado por esta parte, y continuará por el Norte, donde los vénetos van á acamparse en las lagunas; por el centro, donde Evandro el Arcadio funda una colonia en Palantia sobre el Aventino, y añade un elemento extranjero á las razas ya confundidas, donde los troyanos aumentan la confusión echando las bases de su estado de Lavinium, madre patria de la famosa ciudad de Alba; en la Sicilia, donde los fenicios de Tiro despojan á los siculos y fundan á Motya y Panormia, donde los troyanos, en despecho de la unidad de origen se establecen en Drépana y Segiesto á expensas de sus hermanos los pelasgos, y donde las razas helénicas, por fin, y también los jonios y dorios, vienen á consumir esta ruina, desde el siglo XIII al sexto por la fundación de Naxos, Catana, Mesena, Siracusa, Gela, etc., que no tardan en someter casi toda la isla.

Las mismas naciones helénicas llegaban por la misma época al sur de la Península, ocupándola casi por completo desde la Campania al Mar Adriático. Cumas, Locres, Tarento, Brindis, Rhegium, Sibaris, Crotona y Metaponte deslumbraron con su poder y gloria á los estados que les habían dado su origen; la unión y la moderación de sus gobiernos les permitían á la vez rechazar al enemigo de afuera, á los oscos y sabelios, que al propio tiempo les aseguraban las riquezas de la agricultura, de la industria y del comercio. La afeminada Sibaris, cuyo lujo y voluptuosidad ha quedado en proverbio, podía poner en pie de ejército cien mil hombres, y Crotona, su rival, la hacía la oposición con un número no ménos considerable.

Había, de Norte á Sur, una confusión de razas, de costumbres, de religiones, que no habían podido alcanzar unidad. Por otra parte, faltaba también un rasgo característico, faltaba á la Italia el genio duro, perseverante, sistemático y calculador de los etruscos. Estos oscuros conquistadores, estos pueblos «de nariz de águila» llegaron allí hácia el siglo X.

Originarios de las márgenes del Danubio, de la Rhætia quizás, estos *rhasenas*, *rascenne*, como se llamaban ellos mismos (1), eran, sin duda, algunos hijos olvidados de la familia pelásgica, con la cual tienen tantos puntos de analogía, y que extraviados hácia el Norte, se fueron viciando poco á poco en el camino.

Más tarde, y con el trascurso de los tiempos, se fueron aproximando al Oriente; tocaron quizás en el Asia Central, y recibieron del Asia marítima (2), de la Lidia especialmente, y tal vez de la Fenicia y de los últimos cananeos, rasgos que fácilmente alteraron, gracias al temperamento particular de su genio, y que conservaron durante su vida nacional.

Precediales una muy renombrada antigüedad; era conocida su habilidad en la ciencia augural y misteriosa; se sabe que eran expertos para la navegación, para las armas y las artes.

(1) Los habitantes de Sardes, dice Tácito, tratándose de levantar un templo á Tiberio, «acceptaron un decreto á título de padres de la Etruria.» *Anales*, IV, 55.

(2) Recuérdese la leyenda de la Lidia y de la pertenencia de la población de los atis; una mitad de lidios, huyendo de la penuria, fueron conducidos por Tirreno á la Umbria, donde fundaron un Estado. «No se puede negar, dice el baron de Vitte, las relaciones de los etruscos con la Asia Central, y tal vez con la Persia.» (*Boletín del Instituto arqueológico*, 1842). Los reyes etruscos llevaban la púrpura de la Lidia, y calzaban el coturno de la Lidia; por último, los juegos y los dueños de los juegos (*ludi ludiones*), acusaban en su nombre un origen lidio. Plutarco refiere, á propósito de la primera victoria de Romulo sobre los veyenses, el antiguo uso, que consistía en pasear un anciano vestido de púrpura con un joyel de oro al cuello, y precedido de un heraldo que gritaba: «Habitantes de Sardis, á vender.» Por los toscanos pasan por ser una colonia venida de Sardis á la Lidia, y Veyes era la capital de la Toscana. *Romulus*, 33.



De cualquier punto que procedieran, á su llegada á la Península su civilización era muy distinta que la de los galos, y mucho más adelantada. Cayeron sobre las tribus de los ambrones. En vez de expulsar á sus habitantes ó destruir su población, la subyugaron, sometiendo á su dominio.

Después trazaban para las grandes ceremonias, y siguiendo las indicaciones de los libros rituales (1), el recinto cuadrangular de sus ciudades; en él ponían el altar del dios supremo *Tina*, ó los tres grandes dioses inseparables: *Tina*, *Thalna* y *Menerfa* (2), de la patria y de los *lares* (3), los dioses señores, y edificaban al rededor de sólidas é inviolables murallas; y esto hasta que doce ciudades análogas se establecieron de distancia en distancia.

Unidas las ciudades por un lazo federativo, enviaban á la asamblea general, que se celebraba anualmente en el templo de *Voltumna*, en la primavera, sus *lucumones*, sus «principes», que discutían los intereses generales, y en caso de tener que emprender alguna expedición militar, confiaban á uno solo el mando supremo. Este dictador, grande sacerdote y gene-

(1) Los «libros rituales» decían cómo se edifican las ciudades, cómo se consagran los templos y los altares, qué grado de santidad y de inviolabilidad se debe á las murallas y á los recintos de las ciudades, qué disposición debe darse á las puertas de la ciudad y cuál es la significación de la posición que ocupan, cómo se deben repartir las curias, las tribus y las centurias, cómo se reclutan y se instruyen á los ejércitos, y por último, qué medidas hay que tomar en tiempo de paz y cuáles en tiempo de guerra. Fextus por la palabra *rituales*, citado en Noel Desvergers, *op. cit.*

(2) Noel Desvergers, *Memoria sobre la religión de los etruscos*, analizada por E. Desjardins en las *Relaciones dadas de la Academia de las Inscripciones y Bellas Letras*, Noviembre, 1863.

(3) *Lares* ó *Lases*. *Lasa* tiene probablemente relación con la palabra *asar*, *aisar*, y sus sinónimos *as*, *asa*, quitando la l inicial, considerada como signo de aspiración. Este sería el nombre de la divinidad: *Aesar*, dios en etrusco, *Esune* en umbrío, *Esu* en gallo, *As* en irlandés, *Ase* en escandinavo, *Isvara* (señor) en sanscrito, de *is*, dominar, reinar. Esta observación ha sido consignada por el conde Condestable en su sabia *Memoria sobre la inscripción de una estatua etrusca*, publicada en los *Anales del Instituto arqueológico de Roma*, 1863.

ralismo á la vez, era el *lucumone* supremo (1).

Pronto estas ciudades cuadradas hubieran hecho desaparecer los trescientos lugares de los umbríos, ó se habrían repartido sus tierras y sus habitantes; pero la Insubria, *Is-Ombria*, no se sometió por completo; un gran número de ambrones volvieron á pasar la Galia y se incorporaron á los helvecios ó á los eduos del Saona; algunos otros se acantonaron en los valles de los Alpes, y de aquí, como de un fuerte, hacían salidas de tiempo en tiempo sobre la llanura que devastaron á lo lejos.

Quedaba la *Oll-Ombria*, la montaña. Los rhasenos la atacaron todavía, y al mismo tiempo los pueblos del mediodía hacían esfuerzos para invadir sus costas.

La *Oll-Ombria* se defendió con valor; pero al fin sucumbió, y aunque solicitó la paz, permaneció sin abdicar su libertad bajo la obediencia de la Etruria, de quien tomó insensiblemente sus costumbres y su religión. Sin embargo, dejaron algunos rasgos de su antiguo carácter, la ligereza y la bravura entre otras, así como también la vieja costumbre del duelo judicial y su traje igualmente que el «*gais*» (lanza en lenguaje céltico, de donde viene *gas*, soldado), su arma predilecta.

Los rhasenos dominaban, pues, en el norte de la Península, y el país conquistado se admiraba al ver las extrañas costumbres de este pueblo. Misterioso y sombrío, no hace nada sin consultar los «*augures*,» sin poner todos sus actos bajo la salvaguardia de la adivinación. Además, en todas partes se presenta el sacerdote, el *arúspice*, el *augur* que, en pie, mirando al Norte, divide con su «*lituus*,» bastón encorvado, el cielo en regiones, según las líneas sagradas, «*cardo decumanus*,» y cuando él ha subdividido en diez y seis comarcas hace descender estas figuras á la tierra y traza el «*templum*.» Los límites señalados de esta ma-

(1) Compárese el *lucumone* etrusco con el hegemón griego. Conde Condestable, *op. cit.* El P. Secchi había dado principio á unos estudios muy curiosos para demostrar las analogías del etrusco con el sanscrito; la muerte los ha interrumpido, y todavía no han sido publicados, con gran sentimiento de los eruditos.